

CLINE, Eric H. (2009) *Biblical Archaeology. A very short introduction*, Oxford University Press, Oxford; 156 pp. Ilustraciones, mapas ISBN: 978-0-19-534263-5

Melisa Gómez¹

En este libro el autor, historiador, arqueólogo y profesor de historia antigua y arqueología en la Universidad George Washington, hace un recorrido por el campo de la arqueología bíblica desde su origen hasta hoy.

Eric Cline atribuye el término “arqueología bíblica” a una parte del campo de la arqueología siro-palestina, que no sólo intenta “comprobar la veracidad de la Biblia” – como pudo haber sido en las primeras investigaciones - sino que actualmente se orienta a investigar la cultura material de pueblos y lugares que en ella son nombrados.

La obra se articula en dos partes. La primera, “La evolución de la disciplina”, reseña una evolución en dos sentidos: en primer lugar, se ocupa de las motivaciones que han guiado a los exploradores a lo largo del tiempo, desde las primeras campañas como modo de esconder movimientos políticos, al intento de confirmar el texto bíblico y luego de establecer una identidad israelita, para llegar a la actualidad, cuando la arqueología es un modo de ilustrar las formas de vida de la gente de la época. En segundo lugar, el autor puntualiza cómo las técnicas arqueológicas se han ido transformando desde las primeras exploraciones en el siglo XIX hasta nuestros días, cuando el trabajo manual cuenta con la colaboración – o el reemplazo – de las tecnologías más avanzadas.

En los primeros seis capítulos el autor recorre la historia de la arqueología bíblica. Parte del siglo XIX, cuando las

¹ Profesora de Historia por la UNR. Miembro del CEDCU.
E-mail: gmeli83@gmail.com

exploraciones no eran conducidas por arqueólogos sino por teólogos o estudiosos de la Biblia, que buscaban encontrar los lugares que ésta mencionaba. Al mismo tiempo se realizaban campañas motivadas por intereses políticos: la exploración geográfica y “bíblica” era una buena excusa para establecer la presencia de los países europeos en la zona, de modo de poder reclamar el territorio si se produjera la caída del Imperio Turco. Precisamente un explorador francés fue responsable en estos años de la identificación de la Estela de Mesha y la Inscripción de Siloam, dos de las pocas fuentes extrabíblicas de las que se tiene conocimiento.

Entre los exploradores mencionados en estos capítulos, cabe mencionar el recorrido que realiza Cline por el trabajo de William Petrie, a quien llama “el primer arqueólogo bíblico ‘verdadero’”, en tanto estableció que las ciudades se van construyendo unas sobre otra formando *tells*, y que se puede usar la tipología y seriación de la cerámica para fechar las ciudades que aparecen en los diferentes niveles. Petrie fue además el responsable del hallazgo de la Estela de Israel. Esta inscripción es hoy en día la mención textual más temprana fuera de la Biblia, por lo cual su importancia es insoslayable.

Los intereses políticos se ven claramente en la actuación de T. E. Lawrence, enviado por el británico “Fondo para la Exploración de Palestina” en vísperas de la Primera Guerra Mundial para realizar un estudio que buscara sitios bíblicos y antiguas rutas caravaneras. En realidad se trataba de una operación militar para establecer las rutas que podrían llevar al ejército otomano a Egipto.

Durante el mandato británico que sucedió a la Primera Guerra Mundial las universidades comenzaron a participar de las exploraciones, y sus profesores a dirigirlas, por lo cual las expediciones de todo un año fueron reemplazadas por campañas de verano. Fueron los años de Albright, que en su prolífico trabajo como escritor y entrenador insistía en que la Biblia era correcta desde un punto de vista histórico, y que la arqueología podía ser usada para probarlo. Para ello inauguró un enfoque que aún está en uso: combinación de excavación arqueológica, análisis textual y exégesis bíblica.

El período de entreguerras fue testigo de nuevas técnicas. En la excavación de Megiddo el equipo de arqueólogos del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago puso en práctica la exploración horizontal (que consiste en despejar toda una capa del *tell* antes de comenzar a trabajar en otra), que se combinó con la exploración vertical tradicional – especialmente porque la primera era demasiado costosa-. En Samaria, Kathleen Kenyon utilizó por primera vez el sistema de cuadrículas, aún en uso. Se trata de excavar haciendo cuadrados de cinco metros cuadrados, dejando entre ellos secciones de un metro de ancho que muestran la historia del área excavada.

Tras la Segunda Guerra Mundial el hincapié se puso en construir una narrativa nacional para el nuevo estado de Israel, al mismo tiempo que se exploraba la veracidad del relato bíblico. Un ejemplo de este interés son las excavaciones de Yigael Yadin en Hazor, Megiddo y Gezer; como se trataba de establecer una identidad nacional israelí mediante la evidencia antigua de presencia judía en la tierra, se contó con el apoyo del nuevo estado de Israel y también con donaciones privadas. De estos años datan, asimismo, las excavaciones de Jericó (por parte de Garstang).

La guerra de los Seis Días en 1967, que extendió los territorios israelíes a tierras anteriormente jordanas, sirias y egipcias, abrió una nueva frase en la arqueología bíblica. La excavación se extendió a nuevos territorios y comenzaron a realizarse estudios de mayor rango, que se combinaron con un nuevo movimiento, encabezado por el americano Lewis Binford: el “Procesualismo” (o “Nueva arqueología”). Se trataba de constituir a la arqueología como una ciencia “dura”, que pudiera generar leyes universales. El acento se ponía en las fluctuaciones en la densidad poblacional. En esta época pudieron actualizarse las estimaciones de la población del Reino de Israel y del de Judá durante la Edad del Hierro (ca. 930 – 586 a.C.) debido a nuevas campañas lideradas por Adam Zertal, Avi Ofer e Israel Finkelstein, quienes hallaron cientos de sitios de periodos bíblicos.

Esta época se caracterizó por la propuesta de William Dever, de introducir un nuevo nombre para la disciplina, más

adecuado. A su juicio el término “arqueología bíblica” debía ser reemplazado por “arqueología siro-palestina”, porque los arqueólogos ya no estaban interesados en primer lugar en probar la Biblia, sino en echar luz sobre los pueblos y culturas del Antiguo Oriente Próximo. Su postura encontró gran oposición entre los sectores más tradicionales.

En estos años también se desarrollaron nuevas prácticas, como el dibujo del plan topográfico diario del área excavada para mostrar los avances o las hojas de lugares individuales, en las cuales se describía exhaustivamente el lugar en donde se había hecho cada hallazgo. Nuevas disciplinas se unieron a los arqueólogos: paleobotánica, antropología física, arqueozoología, palinología.²

En los años '90 se produjo, en palabras del autor, otro “ataque” a la disciplina. En este caso por parte de los llamados “minimalistas”, quienes sugieren que gran parte de la historia del antiguo Israel en la Biblia fue inventada en el siglo V a.C. o en el período helenístico. Se oponen a ellos los “maximalistas”, para los cuales las historias bíblicas son ciertas y correctas, aún cuando no pueden ser siempre verificadas por la arqueología. Los minimalistas, por su parte, han llegado a afirmar que algunos hallazgos arqueológicos son solamente falsificaciones, como ocurrió con la Estela de Tel Dan o la inscripción de Ekron. De todas maneras, la autenticidad de estas piezas se acepta en forma general en la actualidad.³

En los años '90 también se pone en discusión la cronología tradicional de la historia de Israel. El mencionado Finkelstein propuso una nueva datación de materiales que tendría consecuencias en cuanto a los reinados de David y Salomón. Habitualmente se considera que estos monarcas reinaron en

² Disciplina de la botánica dedicada al estudio del polen y las esporas.

³ Si bien esto es lo que afirma Cline, en realidad los maximalistas no forman un grupo ni están tan convencidos de que todos los eventos registrados en la Biblia hayan ocurrido realmente. Más bien afirman que los relatos bíblicos de los libros históricos fueron escritos o revisados en la época del exilio o más tarde, pero reflejan tradiciones israelitas auténticas y arcaicas de la monarquía tardía. Ver estos planteos en ZIOVY, Zenit (2002) “Tres debates sobre Biblia y Arqueología”, en: *Biblica* 83: 1 – 27.

el siglo X a.C., pero Finkelstein data ciertos elementos que se consideran propios de este reinado como pertenecientes a épocas más recientes, lo cual generó un debate que aún continúa, acerca de la cronología de la monarquía e incluso sobre su misma existencia.

Asimismo se ha producido una renovación en las problemáticas que interesan a los investigadores, ahora más relacionadas con la antropología, como la etnicidad, la migración, el género o el ascenso de la realeza. Esto lleva a nuevos métodos de las ciencias duras, como el análisis de ADN, que se suman a las nuevas tecnologías: radares, fotografía satelital, magnetómetros; los arqueólogos no necesitan comenzar a excavar para saber si encontrarán algo, muchas veces incluso pueden predecir qué encontrarán.

Tras este breve recorrido por la historia de la disciplina, la segunda parte del libro “La arqueología y la Biblia” se ocupa de algunos problemas puntuales.

Si bien las primeras investigaciones estuvieron motivadas por cuestiones relativas a los libros del Génesis y el Éxodo, estos temas están lejos de haber sido resueltos y siguen siendo materia de fe. Es el caso del Diluvio, que podría ser en realidad un ejemplo de “narrativa transmitida” desde los sumerios y acadios a los babilónicos y luego a los israelitas; ya que para el mismo no hay evidencia irrefutable a pesar de que muchos afirman haber hallado el Arca. Lo mismo ocurre con la existencia de los Patriarcas: mientras algunos arqueólogos afirman que los detalles contenidos en sus historias bíblicas corresponden al segundo milenio a.C., otros responden que bien podrían haber sido inventadas siglos después.

Otro tema de conflicto es la conquista de Canaán, para la cual existen varias teorías que se apoyan en evidencia arqueológica. William Albright apoya el *Modelo de la Conquista*, que sigue al relato bíblico afirmando que la conquista ocurrió tras un repentino y violento ataque. El *Modelo de la Infiltración Pacífica* es apoyado por Albrecht Alt y Martin Noth. Este modelo sugiere que pequeños grupos de nómades hebreos entraron pacíficamente a Canaán. George Mendenhall y Norman Gottwald apuestan por el *Modelo de la Revuelta Campesina*,

afirmando que los israelitas eran una clase subalterna en la sociedad cananea y que tomaron el poder. Finalmente, Israel Finkelstein ha sugerido el *Modelo de los Israelitas Invisibles*: israelitas y cananeos compartían la tierra hasta que la economía de Canaán colapsó tras el retiro de Egipto de la región al final del Bronce Tardío. En ese momento los israelitas fueron emergiendo gradual y pacíficamente hasta tomar el poder. La cuestión sigue abierta porque el problema de fondo es, en realidad, distinguir un israelita de un cananeo, lo cual es muy difícil en los restos arqueológicos.

A continuación el autor trata el período de la monarquía. Si bien no hay suficiente evidencia arqueológica para los reinados de David y Salomón, sí la hay para la época de los "reinos divididos". La invasión neo-asiria, 150 años más tarde, y la neo-babilónica un siglo después, están suficientemente comprobadas. Sin embargo, las excavaciones han permitido desestimar la idea de que el exilio judío tras la llegada de Nabucodonosor provocó el total abandono de la región. Los estudios han confirmado que permaneció aproximadamente el 70 por ciento de la población.

El autor aquí toma partido firmemente a favor del relato bíblico, al afirmar que no hay ningún evento que éste sitúe a comienzos del primer milenio a.C. que haya sido comprobado como completamente falso por la evidencia arqueológica. De hecho, a lo largo de todo el libro Cline tiene esta postura, dejando de lado que los documentos escritos deben ser interpretados al igual que los hallazgos materiales.

Si bien estos últimos son los más frecuentes en el trabajo arqueológico, en ocasiones se han encontrado textos antiguos. En el capítulo 9 el autor hace referencia a los dos mayores descubrimientos de esta clase: los Rollos del Amuleto de Plata (encontrados en 1979; datados en el siglo VI a.C.) y los mucho más célebres Rollos del Mar Muerto (de acuerdo con el relato tradicional, hallados en 1947 por tres jóvenes beduinos; datados en el siglo I a.C.). Ambos conjuntos de fuentes proveen partes de la Biblia tal como se la leía en su época. La riqueza de estos textos no sólo proviene de lo que muestran acerca

de la evolución de la Biblia Hebrea sino también de cómo se practicaba el judaísmo en aquellos momentos.

En los siguientes capítulos el autor hace referencia a algunos problemas relacionados con la arqueología del Nuevo Testamento. Si bien los arqueólogos pueden iluminar cómo era la cultura material en la época de Jesús y sus apóstoles, nunca han podido confirmar que realmente hayan existido.

Algunos hallazgos fueron totalmente azarosos; es el caso del llamado Osario de Caifás, que se encontró cuando se estaba construyendo un parque acuático en Jerusalén. Si es realmente el Caifás que se menciona en el Nuevo Testamento – lo cual parece evidenciar la palabra "Qafa" (forma aramea del griego Caifás) – entonces se comprobaría que las personas mencionadas en los Evangelios fueron reales. También se intenta comprobar la existencia de Juan el Bautista, aunque hasta ahora no hay pruebas concluyentes.

Existe, sin embargo, una inscripción en latín que menciona a Poncio Pilatos, única confirmación de su título fuera del Nuevo Testamento, hallada en Cesarea. Esta ciudad fue construida por Herodes el Grande, comisionado de Judea tras el año 49 a.C., en los últimos años de su gobierno.

Otro caso es el del bote del Mar de Galilea, hallado por los hermanos Lufan en ocasión de una sequía entre 1985 y 1986. Como las aguas volvían a subir, arqueólogos, conservadores y voluntarios se sumaron a la excavación que duró apenas once días, trabajando día y noche.

Este descubrimiento permitió conocer las prácticas de navegación y construcción de barcos del siglo I de nuestra era mucho mejor que sólo hipotetizando de acuerdo con las imágenes de mosaicos o las descripciones que pudiera ofrecer la Biblia.

En el último capítulo el autor se dedica a tres debates recientes en torno a tres hallazgos que, o bien podrían revolucionar la arqueología bíblica o bien podrían ser extraordinarias falsificaciones. Se trata de una granada de marfil del Templo de Salomón; el Osario de Santiago, con una inscripción que lo proclama como el hermano de Jesús, y la tablilla del rey

Jehoash (836-798 a.C.), que reporta las reparaciones que éste realizó sobre el Templo de Salomón.

El autor menciona estos casos para recordar por qué los arqueólogos profesionales no publican objetos del mercado de arte que no provienen de contextos adecuados: los dos primeros elementos son falsificaciones de calidad que engañaron a muchos estudiosos: en ambos casos la inscripción era un añadido reciente. El caso de la tablilla del rey Jehoash es diferente: quienes la examinaron en el año 2003 concluyeron que es una falsificación muy pobre, afirmando que la inscripción había sido escrita por un hablante de hebreo moderno que compuso un texto que le pareció bíblico, pero que no era gramaticalmente correcto. Agregar inscripciones en antigüedades es una acción común para incrementar su valor.

Resumiendo, se trata de un libro valioso para quienes buscan una historia breve y sencilla de la arqueología bíblica, de las discusiones históricas y políticas en las que ha estado y está inmersa y que muestra los cambios que la han llevado de la pala al magnetómetro y de buscar confirmar el texto bíblico a investigar la cultura material de las tierras en las épocas que en él se retratan.

ANNUS, Amar (ed.) (2010) *Divination and Interpretation of signs in the Ancient World*, The Oriental Institute of The University of Chicago. Oriental Institute Seminars Number 6, Chicago, págs. 360. ISBN-13: 978-1-885923-68-4

Verónica G. Lazarte¹

Tanto en las sociedades antiguas como en las contemporáneas, el hombre desea saber sobre su futuro pero, ¿cómo conocer aquello que está en otra dimensión temporal? Los universos simbólicos de las sociedades antiguas, nos brindan ejemplos de cómo las personas han podido reducir la ansiedad por conocer lo que pasará.

Desde las sociedades estatales de la Mesopotamia antigua, Grecia, Roma y China los autores del presente libro rescatan un corpus de fuentes muy interesantes para conocer mecanismos de interpretación de los signos. El estudio puede convertirse en una clave interpretativa para el investigador actual para comprender el fenómeno complejo que es el acto de predicción y los diferentes elementos involucrados en el procedimiento.

El mundo conocido por medio de la observación de los astros, de las entrañas de los animales, de los rostros de las personas y de los hechos poco frecuentes, fueron algunos de los signos que aportaron información en la tarea de los adivinos; los trabajos reunidos reflejan la persistencia en el interés por esta temática.

El libro está organizado en un capítulo introductorio y cuatro secciones que articulan los análisis de los autores que participaron del seminario *Science and Superstition: Inter-*

¹ Lic. en Historia, Facultad de Humanidades y Artes UNR. Miembro del CEDCU. E-mail: veronicalazarte10@yahoo.com.ar